

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ MANUEL RUBIO RECIO.

Por *ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ*

Excelentísimo Señor Director de la Academia Sevillana de Buenas Letras, Excelentísimos Señores Académicos, Señoras y Señores.

Al haber recaído sobre mi persona el inmenso honor de contestar al discurso de ingreso en esta institución pronunciado por el Excelentísimo Señor Don José Manuel Rubio Recio, he de apresurarme a manifestar que con su entrada en esta ilustre corporación se acrecienta notoriamente el caudal de conocimientos y saberes que en ella confluyen procedentes de las más distintas fuentes de las ciencias y de las letras. El profesor Rubio Recio es un humanista perteneciente al ámbito de la geografía física, especialidad que le ha permitido conectar con distintos aspectos que analizan la actividad del hombre en nuestro planeta, advirtiendo que dicha actividad ha engendrado todo un cúmulo de grandezas y de miserias como acabamos de escuchar.

Vallisoletano de nacimiento, al igual que quien ahora les habla, es ya, sin embargo, sevillano de adopción, puesto que en esta ciudad vive desde 1969, hace ya treinta y tres años. Aquí en Sevilla ha dejado los mejores años de su existencia entregado a sus labores docentes universitarias e, igualmente, dedicándose a la investigación en áreas científicas vinculadas a la especialidad de Geografía.

José Manuel Rubio Recio se educó en Valladolid, donde tuvo, primero, la fortuna de tener un abuelo médico, Federico

Recio, quien renunció al ejercicio de su profesión cuando cumplió cincuenta años, dedicándose a partir de entonces a participar en la educación de sus nietos. Era hombre ilustrado, amante de la naturaleza y cazador, que disfrutaba llevando a los niños al campo enseñándoles a observar, a ver y a descubrir los fenómenos naturales. En suma, todo aquello relacionado con el mundo mineral, vegetal o animal. Estos contactos infantiles con la naturaleza introdujeron poco a poco a su nieto en aspectos que cuajarían en el futuro en su dedicación a la Geografía física.

Otra persona fundamental en la vida de José Manuel Rubio fue su madre, Doña Rita Recio, mujer culta y excelente escritora y poeta, aficionada a los viajes, la cual deleitó durante muchos años a los lectores de *El Norte de Castilla* y de *El Diario Regional*, periódicos de Valladolid, con amenos y sugerentes artículos redactados con agudeza de ingenio y excelente prosa literaria. Doña Rita prosiguió la trayectoria iniciada por su padre de vincular a sus hijos al campo, realizando distraídas excursiones en bicicleta coincidiendo con unos años en que el Arzobispo de Valladolid tenía rigurosamente prohibido que las mujeres utilizaran tal medio de locomoción.

Otro aspecto formativo importante que recibió de su madre fue la afición por el cine, enseñándole a contemplar las películas con profundidad crítica y a analizar y extraer todo tipo de referencias positivas que, desde la pantalla pasaban a ser asimiladas por el joven José Manuel.

Igualmente decisiva en la formación de José Manuel Rubio fue la participación de su padre, Julián María Rubio, Catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Valladolid, de la cual llegó a ser Rector. La atención paterna intensificó también la configuración de firmes basamentos culturales sobre los que creció en aquellos momentos el futuro geógrafo. Lástima que muriera prematuramente cuando José Manuel comenzaba el Bachillerato, pero la selecta biblioteca que le dejó marcó otra de las aficiones del nuevo académico.

Aparte de los beneficios educativos recibidos en el seno familiar, José Manuel Rubio realizó su bachillerato en uno de los centros de formación más señeros de Valladolid: el Colegio de El Salvador, donde pudo obtener los máximos beneficios culturales

en una época en que estas enseñanzas eran pródigas en plurales y caudalosas fuentes de sabiduría. En estos años juveniles conoció a uno de los personajes que más le iban a influir en su vida: el ecólogo, recientemente fallecido, José Antonio Valverde que fue el primer especialista hispano en dicha ciencia, con el cual ha mantenido estrechos lazos de amistad hasta el final de su existencia.

La orientación de José Manuel Rubio hacia la Geografía se intensificó a lo largo de los años, en los que estudió su carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid a partir de 1944. Allí tuvo como maestros relevantes Catedráticos de la talla de Don Emilio Alarcos, Don Cayetano de Mergelina, Don Alejandro Díez Blanco y Don Amando Melón, este último eminente geógrafo, a través de cuyas enseñanzas se terminó de perfilar su vocación en el ámbito de la Geografía. En 1950 obtuvo la licenciatura y fue nombrado Ayudante de clases prácticas, iniciándose así su labor docente. Su Tesis Doctoral fue leída en Madrid en 1955, versando su contenido sobre “La Ribera del Órbigo”, obteniendo la máxima calificación que entonces se otorgaba.

Tres años después de doctorarse, en 1958, obtuvo por oposición, realizada en Madrid, una Cátedra de Geografía Económica de Escuela de Comercio, pasando a ejercerla en la Escuela Universitaria de Estudios Empresariales de Badajoz, donde estuvo hasta 1960. En esta fecha se trasladó a la Escuela homónima de Oviedo, donde permaneció a lo largo de nueve años, hasta 1969. En esta última fecha obtuvo, también por oposición, la plaza de Profesor agregado en la Facultad de Geografía e Historia de Sevilla donde, posteriormente, alcanzó el grado de Catedrático en 1981. Su trayectoria vinculada a la Universidad hispalense se prolonga hasta 1998, año en que se produce su jubilación. Comoquiera que, inmediatamente, obtuvo la condición de Profesor emérito, ha podido estar vinculado a la Universidad hasta el momento presente.

Desde 1952, hace ya más de medio siglo, José Manuel Rubio ha estado dedicado, por lo tanto, a la enseñanza universitaria. A lo largo de esos cincuenta años ha disfrutado con el ejercicio de la docencia formando a numerosas generaciones de alumnos, muchos de los cuales encontraron su vocación a través de sus enseñanzas. Movidio por el interés de fomentar y aprovechar al

máximo sus recursos docentes, escribió el primer manual de biogeografía de España, obra que ha producido un intenso provecho científico, repercutiendo beneficiosamente en la formación de los estudios geográficos en nuestro país.

Otra predilección científica de José Manuel Rubio ha sido la Ecología, a la cual se ha dedicado desde hace décadas, cuando esta especialidad apenas suscitaba interés en nuestro país. Llevado de la mano de José Antonio Valverde entró a formar parte del equipo de ecólogos que estudiaban y defendían el Coto de Doñana tantas veces amenazado por la destrucción y que, felizmente, gracias al esfuerzo de un pequeño pero entusiasta grupo de científicos, apoyados de manera decidida, es justo decirlo, por los propietarios de dicho espacio, que querían conservarlo en su naturalidad, personalizados por el inolvidable Manuel María González Gordón y su hijo Mauricio y que de esta suerte ha permanecido casi incólume. La Ecología terminó por perfilar la posición de José Manuel Rubio en el ámbito geográfico y, al mismo tiempo, le otorgó una actitud y un criterio decisivos de firmeza y rectitud en un campo tan difícil y controvertido.

Otro aspecto crucial en la vida del nuevo Académico es su pasión por descubrir nuevos horizontes y ambientes geográficos existentes en otras latitudes. Fruto de ello son sus numerosos viajes a Hispanoamérica, generalmente ocasionados por la circunstancia de impartir cursos de Postgrado dentro de la materia de la Geografía Física. Países como Argentina, Perú, Ecuador, Bolivia, Costa Rica, Panamá, Guatemala, Méjico,... han sido visitados aprovechando en ellos las enormes posibilidades de aumentar su formación y conocimientos científicos.

Este contacto con tantos países de habla hispana le han permitido también describir valiosos libros de alto nivel científico con sugerentes títulos como *El Amazonas*, *El Orinoco y los Llanos*, *El Pacífico iberoamericano*, *Islas Galápagos y Pascua* y, finalmente, *Costa Rica*. Quince capítulos de libros y una treintena larga de artículos escritos en revistas especializadas acreditan también su permanente atención hacia el quehacer investigador a lo largo de su trayectoria profesional. En ella también es reseñable su dedicación a impartir cursos y seminarios en distintas universidades y centros culturales españoles.

Acabamos de escuchar un discurso redactado por un humanista que, a través de la Geografía, puede practicar con lucidez el ejercicio de la reflexión acerca del comportamiento de la Humanidad sobre la faz de la Tierra. Un discurso en el que un notable cúmulo de datos y referencias abandonan su fría condición estadística para convertirse en profundas e inquietantes deducciones sobre lo que ha sido nuestro pasado y lo que puede ser nuestro futuro.

Referencias perfectamente contrastadas nos informan cómo el ser humano, a través de los siglos y venciendo continuas dificultades, ha conseguido no sólo asentarse sobre la Tierra sino multiplicarse pródigamente superando infinidad de plagas y de calamidades que, en ocasiones, pusieron en peligro su existencia.

Pero con el advenimiento de la llamada Sociedad Industrial, desde principios del siglo XIX, el progreso transformó de manera radical las formas de vida y la relación con el hábitat geográfico. El progreso emanante de la ciencia, especialmente de la Medicina, alargó considerablemente los años de existencia e hizo disminuir las tasas de mortalidad en general y, especialmente, la infantil. El número de habitantes de nuestro planeta comenzó a crecer de forma imparable hasta el punto de alcanzar actualmente la desorbitada cifra que nos habla de 6.000 millones de personas.

Sin embargo, el progreso científico y el aumento de la población no proporcionaron el bienestar a la Humanidad sino que, por el contrario, plantearon grandes conflictos de índole social. El desarrollo industrial acentuó aún más las diferencias entre pobres y ricos creando, inevitablemente, confrontaciones entre la opulenta minoría de burgueses y la mísera mayoría de proletarios, que se han prolongado con graves tensiones durante más de un siglo. Por fortuna, en nuestros días, y sobre todo en Occidente, el ámbito social se encuentra enmarcado por unas circunstancias más equilibradas que han permitido repartir el disfrute del bienestar y la difusión de la cultura, que es actualmente un bien general, accesible para casi todos.

Sin embargo, es advertible también que en tantos años de progreso la Humanidad no haya podido instaurar un equilibrio económico en numerosas zonas del orbe, que viven actualmente

inmersos en la pobreza, el hambre, la enfermedad y la incultura. A estas circunstancias hay que añadir también la desgraciada coincidencia de que son generalmente los pueblos pobres quienes se enfrentan de forma frecuente entre sí en guerras limítrofes o civiles, aumentando de manera alarmante sus padecimientos y dejando terribles secuelas como rastro doliente durante muchos años.

Algún atisbo de esperanza surge, sin embargo, cuando se tiene la convicción de que la pobreza y el hambre se pueden mitigar con una decidida voluntad internacional de distribuir solidariamente los recursos alimenticios, que la enfermedad puede aliviarse haciendo llegar la asistencia médica de forma eficaz a todos los rincones del planeta y que las guerras deben de evitarse buscando concordia entre los pueblos con la ayuda y mediación de los organismos internacionales competentes.

Queda bien percibido a través del discurso de José Manuel Rubio el mensaje de que la prosperidad económica no produce beneficios sociales a escala universal y que sólo algunas zonas privilegiadas del planeta disfrutan de ellos. También parece percibirse con nitidez el consumo desmedido de bienes y de recursos es causa directa de que se produzcan graven alteraciones en los ecosistemas, los cuales corren riesgo de perecer si no se cambia la mentalidad que les supone infinitos y, por lo tanto, ilimitados e inagotables. De no ser así, en efecto, mutilaremos gravemente la superficie de la Tierra dando lugar a trastornos atmosféricos que generarán un cambio climático y, al mismo tiempo, alteraciones en la biosfera. Queda, por lo tanto, claro el mensaje de que es necesario detener la destrucción de ambientes naturales, especialmente los selváticos, que progresivamente van perdiendo superficie vegetal y fauna animal.

Todos estos desmanes cometidos contra la faz de la Tierra han de ser, en efecto, vigilados siendo por lo tanto evidente que futuras normas claras y contundentes pongan límite al aprovechamiento incontrolado. Tanto el crecimiento demográfico como el consumo deben de someterse a sistemas que los regulen y sólo así podremos dejar un legado positivo a las nuevas generaciones que, sin duda, ven con perplejidad la incertidumbre del porvenir.

He dicho.